



LA GUERRA CONTRA LA CONFEDERACIÓN PERÚ – BOLIVIANA

**POR
EDUARDO ARRIAGADA ALJARO
EDITOR.**

El período de nuestra historia republicana conocido como el de “los ensayos constitucionales”, que transcurrió entre los años 1823 y 1830, fue bastante corto si se le compara con el tiempo que demoraron otras nuevas repúblicas sudamericanas en organizarse política y administrativamente. Se puede decir que el siglo XIX fue para Hispanoamérica la centuria de los caudillos. Chile quedó fuera de este grupo, debido a la organización institucional que le dio la Constitución de 1833, promulgada bajo el alero del gobierno del presidente Joaquín Prieto y de su ministro Diego Portales, quienes accedieron al poder luego del desenlace de la batalla de Lircay —ocurrida en abril de 1830—, con la cual finalizó la Guerra Civil de 1829-1830. Sin embargo, el panorama continental fue bastante diferente, al menos hasta la década de 1870.

Entre los regímenes encabezados por caudillos que se dieron en Hispanoamérica, destaca en forma muy singular el de la Confederación Perú-boliviana, creación política de Andrés de Santa Cruz, destacado político y militar boliviano que en un principio logró convertirse en el mandatario de Bolivia. Desde esa posición, se involucró muy hábilmente dentro del confuso panorama político peruano en el cual se desenvolvían varios líderes, logrando finalmente dar forma a su proyecto político que englobaba al Perú y a Bolivia en una entidad superior denominada Confederación Perú-boliviana, la cual agrupaba a tres Estados: Estado Nor-Peruano, Estado Sur-Peruano y la misma Bolivia. Él mismo asumió el cargo de Protector de la Confederación.

Santa Cruz tenía ascendientes indígenas nobles y entre sus proyectos políticos estaba la reconstrucción del antiguo Incario que fue conquistado por los españoles en el siglo XVI, el cual se extendía desde Ecuador por el norte, y llegando hasta el centro de Chile y el noroeste de Argentina por el sur. Este sueño político ponía claramente en riesgo la soberanía del Estado de Chile, el cual, como se dijo, recién comenzaba su etapa de “república en forma”, de la mano de la organización institucional que le dio Diego Portales. Precisamente fue este ministro quien advirtió el riesgo que se cernía sobre nuestro país desde el norte, por lo cual se planteó como meta disolver esa confederación.



Pero también había otros motivos para que las autoridades chilenas miraran con profunda desconfianza a la Confederación. El puerto peruano del Callao podía hacer una seria competencia al puerto chileno de Valparaíso en cuanto a la actividad naviera y mercante. Y también había una competencia solapada entre Chile y la Confederación por la hegemonía política en el Pacífico Sur.

Se organizó una primera fuerza militar que se denominó “Ejército Restaurador del Perú”, la cual sería conducida por los buques de la escuadra chilena hacia las costas de ese país. Esto fue advertido por Santa Cruz y sus colaboradores en el gobierno de la Confederación, quien también comenzaron a tomar sus medidas para enfrentar una eventual invasión.

Pero en Chile no toda la sociedad estaba muy convencida sobre los riesgos que para el país representaba la Confederación Perú-boliviana. Portales, una vez asumido su segundo ministerio, procedió en forma aún más autoritaria, con lo cual no tardó en conquistarse la enemistad de muchas personas y, sobre todo, dentro del mundo militar chileno. Justamente, pasando revista a una de las unidades que se preparaba para partir al norte, el batallón Maipú, se produjo una conspiración que terminó con el apresamiento del Ministro y en su posterior fusilamiento el 2 de junio de 1837. Este hecho causó consternación en la sociedad chilena y en sus autoridades, pero no logró frustrar el proyecto de mandar una expedición hacia el Perú.

Finalmente zarpó desde Valparaíso el 15 de septiembre de 1837 la escuadra que conducía al Primer Ejército Restaurador del Perú, que estaba al mando del vicealmirante Manuel Blanco Encalada. Muchas expectativas se habían formado las autoridades chilenas acerca de cómo sería recibida esta fuerza militar en suelo peruano, pues se esperaba derrocar a Santa Cruz con el concurso de la misma población de dicho país, a la cual se le suponía contraria a su proyecto político. Sin embargo, la realidad en el Perú fue muy adversa para Blanco Encalada y sus tropas, quienes se encontraron con un frío recibimiento.

Santa Cruz tenía repartidas sus tropas dentro del territorio confederado, por lo cual vio necesario reunir las para hacer frente al ejército chileno. Para ello se valió de la candidez del vicealmirante Blanco, a quien pudo mantener distraído en conversaciones de paz, hasta que finalmente logró enfrentarlo con fuerzas militares confederadas muy superiores. Blanco Encalada demoró en darse cuenta que estaba dentro de una celada, pero cuando lo hizo ya era muy tarde. Para procurar la salvaguarda de sus tropas, no le quedó otra oportunidad que firmar con Santa Cruz el Tratado de Paucarpata el 17 de noviembre de 1837, y reembarcar él y sus hombres a suelo chileno.

Pero en Chile dicho tratado fue visto como una ignominia, ya que causó una muy mala impresión en el ambiente político y social. Rápidamente el gobierno del general Joaquín Prieto lo desahució y comenzó a organizar una segunda fuerza militar que fue el Segundo Ejército Restaurador del Perú, el cual fue puesto bajo el mando del general Manuel Bulnes



Prieto, siendo su jefe de Estado Mayor el general José María de la Cruz. Para entonces ya no estaba la figura del fallecido ministro Diego Portales, quien había dado de baja a varios militares que habían adherido al bando pipiolo en la Guerra Civil de 1829-1830. Muchos de estos militares habían sido héroes de las guerras de independencia de nuestro país y, como tales, eran muy competentes. Varios de ellos fueron llamados nuevamente al servicio por el general Manuel Bulnes, lo que dio origen a una fuerza militar mucho más efectiva y cohesionada que la que había comandado el vicealmirante Manuel Blanco Encalada.

Nuevamente zarpó la segunda expedición chilena hacia las costas del Perú el 16 de junio de 1838, pero encabezada por unos jefes que ya contaban con las lecciones políticas y militares aprendidas de la frustrada campaña del año 1837, por lo cual procuraron actuar en forma mucho más estratégica.

El ejército de Bulnes, luego de aquilatar varios puntos de desembarco, lo hizo finalmente en la localidad de Ancón, situada justo al norte de Lima, la capital peruana. Desde ese punto Bulnes fue moviendo en forma muy hábil a sus tropas, hasta que ellas enfrentaron a fuerzas confederadas en la entrada de la ciudad de Lima, en lo que se conoció como el combate de Portada de Guías (21 de agosto de 1838). Los chilenos triunfaron en este hecho de armas y pudieron tomar posesión de la ciudad de los Virreyes. Por su parte, Santa Cruz dirigía la Confederación desde el interior del Perú y junto a sus jefes militares idearon la forma de enfrentar al ejército de Bulnes.

La estadía en Lima de las tropas chilenas terminó siendo muy nociva para ellas, debido al clima y a las enfermedades locales frente a los cuales los efectivos chilenos no estaban acostumbrados. Por ello, el general Bulnes optó por salir de la capital peruana y marchar hacia el interior en busca de un mejor clima para sus hombres y de una adecuada posición para dar la batalla decisiva contra Santa Cruz.

De esta forma, el general en jefe chileno optó por conducir a su ejército hacia el Callejón de Huaylas, quebrada cordillerana por donde fluye el río Santa en dirección al norte, en medio de las serranías del Perú. El clima de esa región fue muy favorable para las tropas chilenas, las que, sin embargo, comenzaron a ser perseguidas por Santa Cruz y su ejército. En esa marcha hacia el norte por el callejón de Huaylas se produjeron los combates de Llaclla (21 de diciembre de 1838) y del puente de Buin (6 de enero de 1839), en los que destacó la figura del subteniente Juan Colipí, quien en forma muy valerosa logró salvar a las fuerzas chilenas del ataque enemigo, muy especialmente aquellas que iban a la retaguardia. Finalmente, Bulnes se estacionó en las cercanías del pueblo de Yungay, dispuesto a dar la batalla final contra Santa Cruz.

La gloriosa jornada del 20 de enero de 1839 tuvo dos etapas. Primero tuvo lugar el combate del cerro Pan de Azúcar, promontorio dominado por las fuerzas confederadas y que fue heroicamente escalado por los soldados chilenos hasta llegar a su cima, desde la cual



logaron desbaratar a las tropas enemigas. A continuación, vino el cruce del río Ancash por los hombres de Bulnes —muy especialmente por la caballería chilena—, quienes atacaron a las fuerzas de Santa Cruz que estaban parapetadas al sur de ese curso de agua. Al igual que en el ataque el cerro Pan de Azúcar, esta segunda etapa de la batalla fue muy cruenta, pero finalmente logró imponerse el ejército mandado por Manuel Bulnes.

Con el desenlace de la batalla de Yungay, el ejército confederado quedó disuelto y el poder político de Santa Cruz muy quebrantado. Dentro de la confederación comenzaron a prender los movimientos de insurrección contra el Protector, quien finalmente se vio obligado a abandonar su cargo y el territorio confederado. Bulnes procuró en forma muy acertada no inmiscuirse dentro de la política interna del Perú, sino que esperó que el nuevo gobierno encabezado por el presidente Agustín Gamarra consolidara su poder, para finalmente conducir a sus hombres nuevamente hacia la costa, con el fin de reembarcarlos a suelo chileno.

En ese sentido, la expedición chilena nunca tuvo propósitos de conquista, sino que su objetivo final era el derrocamiento de Santa Cruz y la disolución de la Confederación, de manera que nuevamente el Perú pudiera emerger como un Estado libre y soberano.

El recibimiento de Manuel Bulnes y de sus tropas en Chile fue una ovación pública. Con el triunfo en la Guerra contra la Confederación Perú – boliviana, se afianzó en nuestro país el sentimiento de identidad nacional, pues hasta la década de 1830 dicho sentimiento era más que nada compartido por la élite nacional, la cual había dirigido las campañas de nuestra emancipación. Pero ahora, con la participación del resto de la sociedad chilena tanto en el Primer Ejército Restaurador como en el Segundo Ejército Restaurador —ambos del Perú—, la nación chilena sintió que estaba participando en una empresa que involucraba a todos sus integrantes y que además había sido muy exitosa.

Las próximas décadas serían muy prometedoras para este pequeño país sudamericano que salía ganador en su primera guerra internacional. En las elecciones presidenciales que a continuación tuvieron lugar en nuestro país, el general Manuel Bulnes logró triunfar con una amplia mayoría y encabezar uno de los gobiernos más ilustres de nuestra historia republicana, caracterizado por su tranquilidad interior y por su notable obra de adelanto nacional, tanto en los aspectos económico y material, como también en lo moral y cultural. Fue un decenio brillante para Chile, durante el cual el país continuó en la senda del progreso y del orden interno, que le permitieron afirmarse como una potencia sudamericana en el Pacífico Sur.